



“RES PUBLICA LITTERARUM”
DOCUMENTOS DE TRABAJO
DEL GRUPO DE INVESTIGACIÓN ‘NOMOS’

D.L. M-24672-2005

ISSN 1699-7840

Autor: Instituto Lucio Anneo Séneca

Editor: Francisco Lisi Bereterbide

LA EDAD DE ORO COMO UTOPIA DIONISIACA: DE HESÍODO Y PLATÓN A SU RECEPCIÓN EN EL IMAGINARIO CLÁSICO

David Hernández de la Fuente
Universidad Carlos III de Madrid

“Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo.” Cervantes, *Don Quijote* I, 11

En el célebre discurso a los cabreros Don Quijote refiere el mito de la edad de oro con cierto sabor utópico, como un mundo perfecto del pasado en que no existía la propiedad privada y los hombres encontraban comida y bebida sin necesidad de trabajar. Basado en un tema que se remonta a la literatura griega y seguramente inspirado en el libro primero de las *Metamorfosis* de Ovidio¹, este retablo cervantino es una buena introducción para abordar algunos aspectos de este mito que con tanta fortuna ha llegado a nuestros días, a través del Renacimiento y del género pastoril, como símbolo de la esperanza en un nuevo mundo feliz. Las edades, clasificadas con nombres de metales, conforman una jerarquía que ha quedado en el imaginario colectivo y ha devenido un tópico, por ejemplo, para el estudio de la literatura o la historia. Así, la edad de oro ha pasado a ser casi un estado mental, una evasión del espíritu que evoca aquel ámbito remoto –en el tiempo o en el espacio– en que los hombres vivían sin temor a la muerte, entre abundancia de alimentos y placeres, justicia igualitaria y eterna juventud².

Los orígenes del mito de las razas o las edades se encuentran entrelazados en la mitología griega con la propia creación de la humanidad, que se remonta a los tiempos de Crono y los Titanes: la lejana época anterior a la estirpe olímpica, brillante y

¹ Véase R. López Gregoris, “El mito de la edad de oro en las fuentes antiguas y en el Quijote”, *Edad de oro*, 24 (2005) 173-188.

² Para un panorama general de la edad de oro, cf. H.C. Baldry, “Who invented the Golden Age”, *Classical Quarterly* 2 1/4 (1952) p. 83 ss. y H.F. Bauzá, *El imaginario clásico: edad de oro, Utopía y Arcadia*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1993.

prestigiosa, en que habitaron los primeros hombres. Hesíodo, el poeta de los *Trabajos y días*, es el testimonio más antiguo del llamado mito de las edades. Varios trabajos han demostrado, sin embargo, que no es invención suya. Recordemos que ya en Homero se mencionan estos tiempos dorados, cuando Néstor hace referencia a los héroes de antaño o cuando se habla de las bodas de Tetis y Peleo, que tuvieron lugar en esa edad mítica de comunión entre hombres y dioses³. Se trata de una idea recurrente en varias culturas, y de origen oriental, que habla de una sucesión de stirpes humanas, en paralelo con las divinas, ilustrando el progresivo declive de las razas que pueblan la tierra desde la etapa legendaria en que los hombres vivían cercanos a los dioses, y la felicidad era un tesoro común⁴, cuando existía, como decía el poeta Hölderlin “aquel mundo primigenio en el que todos recorríamos la tierra como dioses”. En la literatura de la antigua India, por ejemplo en la *Bhagavad-Gita*, se habla de estas edades: la edad presente, el Kali-yuga, violenta y llena de problemas para los hombres, se puede comparar con la edad de hierro de Hesíodo, contemporánea al poeta⁵. Por supuesto, los hombres de las primeras edades eran más fuertes, grandes, nobles y felices que los actuales. En ello reside el prestigio de la edad de oro, cuyo nombre evoca el paraíso en la tierra.

Al principio de los *Trabajos y días* el poeta da cuenta de dos mitos sobre la decadencia o la caída en desgracia de los humanos: el mito de Pandora y el de las edades, que propiamente se debe llamar “de las razas”⁶. Ambos son bien conocidos y evocan un punto fundacional de la humanidad. El primero es un castigo de Zeus a los hombres que deriva en último término del desafío de Prometeo. El segundo narra la existencia de cinco razas que se han sucedido en la historia universal (106-201).

“De oro fue la primera raza de hombres mortales que crearon los inmortales, habitantes del Olimpo. Sucedió en tiempos de Crono, cuando aún reinaba en el cielo”. (109-111)⁷. La edad de oro se caracteriza por la falta de dolor (112 *akhdeh qumoh*), penas y conflictos. Los hombres son eternamente jóvenes, a la hora de morir caen en un

³ Cf. Homero, *Il.* I, 251-272, VII 120-160 para las evocaciones de Néstor.

⁴ Cf. J.G. Griffiths, “Did Hesiod invent the Golden Age?”, *Journal of the History of Ideas* 19 1/4(1958 jan./oct.), págs. 91 y ss.

⁵ Sólo hay que comparar las versiones de una edad de oro en el Génesis, en los textos de la antigua India o la antigua Mesopotamia. Cf. E. Carpenter, *Pagan and Christian Creeds*, 1920, pág. 137 y ss. y S.N. Kramer, “Man’s Golden Age: a Sumerian parallel to Genesis XI 1”, *American Oriental Society* 63 (1943) págs. 161 y ss. André Neyton, que en *L’âge d’or et l’âge de fer* (París, Les belles lettres, 1984) da un panorama muy completo, cita, por ejemplo, el poema sumerio de Enki y Ninhursag (p. 14).

⁶ H.C. Baldry, “Who invented the Golden Age?”..., p. 89.

⁷ *xrušēon meh prwtista gehoj meropwn ahqrwpwn [...] Oil meh epil Krohou hēsan, ot' ou'ran% embasil euen*. Tomado de Hesíode, *Théogonie; Les travaux et les jours; Le bouclier*. París, Les Belles Lettres, 1951, p. 90 ss.

dulce sueño y pasan la vida gozando entre banquetes y fiestas (**terpont' eh qal ih̥si**) alimentados espontáneamente por la tierra fecunda (117-118)⁸, que ofrece vegetales sin necesidad de cultivo. También le interesa al poeta el destino ultraterreno de estos hombres, que al morir se convierten en genios benéficos, guardianes de los hombres (**daimonej aḡnoi̯ epixqohioi [...] a] ecikakoi, fulakej qnhtw̃a a]qrw̃pwn**). A continuación, la raza de plata es notablemente inferior (127-8 **gehoj pol u\ xeiroteron metopisqen / a]gureon**) tanto en naturaleza como en pensamiento (**fuhh - nohma**) y es exterminada por Zeus a causa de su insensata soberbia (**uḡrin [...] a]asqal on**) y por no cultivar la religión, pese a lo que disfrutaban de un cierto estatus en el otro mundo como démones subterráneos (141 **uḡoxqohioi makarej**). La tercera estirpe es la de bronce, nacida de los fresnos, terrible y violenta⁹, que no come pan. Tras ser aniquilada por sus propias guerras viene una cuarta raza más justa y noble, la de los héroes¹⁰ o semidioses, que acabará sus días combatiendo en torno a Tebas y Troya, los dos grandes ciclos épicos griegos. En comparación con los modelos anteriores del mito de las edades en el antiguo oriente, esta cuarta edad parece una interpolación original de Hesíodo que se ha tratado de explicar de diversas maneras. Para Fränkel, “esta generación se sale claramente del marco del mito”¹¹. Sin embargo, parece que Hesíodo asimila la edad de los héroes a la primitiva edad a la de oro como si fuera el retorno de un ciclo. En su destino final, algunos de los héroes pasan a habitar las islas de los Bienaventurados, un paraíso en la tierra que es una trasposición de los tiempos de Crono, con las mismas características de la edad dorada: los héroes son también felices (**akhdeā qumoh e]kontej**) y viven en una utopía de gran abundancia¹². Se trata, pues, de una extensión de la edad de oro en la tierra, regida por Crono (**toisin Krohoj e]mbasil euēi**), según reza una interpolación órfica en Hesíodo que narra cómo Zeus perdonó a Crono tras vencerle y le envió a ese exilio dorado, fecundo y atemporal. Por último, la quinta raza, en la que lamenta vivir el poeta, es la de hierro (**nuā gar dh\ gehoj e]sti\ sidhreon**), que enlaza con el mito de Pandora. En ella reina la guerra, la muerte, la discordia y la

⁸ **karpoh d' e]fere zeidwroj a]roura / au]tomath pol l oh te kaila]f̃qonon**

⁹ *Trab. y días* 143-5 **trit̃on a] l o gehoj / xal keion [...] e]k mel ian, deinoḡ te kailo]brimon**

¹⁰ **a] l o tetart̃on [...] dikaio]teron kaila]reion, a]h̃drw̃a h̃f̃w̃w̃n qeion gehoj**

¹¹ Continúa diciendo “[...] La explicación es sencilla. Hesíodo no podía ignorar la edad homérica”, cf. H. Fränkel, *Poesía y filosofía en la Grecia arcaica*, Madrid, Visor 1993, p. 125-6.

¹² *Trab. y días* 172-3 **toisin mel ih̃deā karpoh trij e]teoj qal l onta fere] zeidwroj a]roura**.

enfermedad. Y lo que es peor, el hombre se fatiga sin cesar para obtener alimento y bebida¹³.

El elemento que agrupa las edades en dos clases, como ha visto acertadamente Jean-Pierre Vernant¹⁴, es la contraposición entre **uþrij** y **dikh**: la raza de oro y la de los héroes, por un lado, practican la justicia; la de plata y la de bronce, por otro, la desmesura. En nuestra edad actual, el hombre puede decidir en su libre arbitrio cómo comportarse. El verso 175 contiene una clave de gran importancia para comprender el mito: el poeta manifiesta su deseo de no vivir en la edad de hierro, sino de haber “muerto antes o haber nacido más tarde”. Esto sugiere de nuevo la idea de que las razas humanas se suceden en este orden de cinco en el tiempo circular universal, y que la edad de oro habrá de volver: un tema que está presente en los textos y misterios órficos y que más tarde reflejará Platon, pero anticipa aquí Hesíodo. Dice Vernant: “las edades se suceden para formar un ciclo completo que, acabado, recomienza, sea en el mismo orden, sea más bien como en el mito platónico del *Político*”¹⁵.

La raza de oro hesíodica o “tiempo de Crono” pasó pronto a ser una expresión proverbial (**h(epil Krohou)**) para designar una abundancia maravillosa y feliz, y las diferentes edades, no ya las cinco que enunciara Hesíodo, sino más bien agrupadas y resumidas en tres, van a pasar al imaginario clásico impregnando profundamente la mentalidad del hombre antiguo. Se trata de una estructura tripartita bien arraigada en el pensamiento griego. El oro y la plata son la juventud y el vigor, el bronce y la edad de los héroes la vida adulta y la edad de hierro la vejez. Esta interpretación se correspondería, en el fondo, a las tres funciones indoeuropeas que proponía G. Dumézil¹⁶, válidas para los dioses y para las razas: la función de administración de lo sagrado, la función del poder (físico, político) y la función productiva (la agricultura, la fecundidad). En el caso de las edades, el esquema trifuncional se cumple si las entendemos agrupadas de tal manera.

Sin embargo, en el imaginario clásico, sus características más puramente festivas y alimenticias hacen de la edad de oro una utopía religiosa de libertad, igualdad,

¹³ **ouþe/pot' hmar /pauþntai kamaþou kailoþzubj**

¹⁴ En J.-P. Vernant, "Estructuras del mito: El mito hesíodico de las razas. Ensayo de análisis estructural", en *Mito y Pensamiento en la Grecia Antigua*, Madrid, Akal 2001 ["Le mythe hésiodique des races. Sur un essai de mise au point" en *Mythe et pensée chez les Grecs*, 1985, p. 19-45].

¹⁵ J.-P. Vernant, "Estructuras del mito: El mito hesíodico de las razas. Ensayo de análisis estructural", en *Mito y Pensamiento en la Grecia Antigua*, Madrid, Akal 2001, pág.25-26.

¹⁶ En su célebre libro *Jupiter-Mars-Quirinus. Essai sur la conception Indo-Européenne de la société et sur les origines de Rome*. Paris, Gallimard 1941. Cf. en España, *Los dioses soberanos de los indoeuropeos*, Barcelona, Herder 1999.

abundancia de manjares vegetales y exuberancia de bebidas, entre las que destaca, cómo no, el don de Dioniso, el vino. Los textos clásicos referidos a esta edad, confrontados con las tradiciones religiosas que sirven de concreción a los mitos, dejan ver, a nuestro juicio, que la *aurea aetas* es una utopía en el sentido pleno con el que este término fue acuñado por el humanista Tomás Moro en el siglo XVI y en el que lo recoge nuestra lengua.¹⁷ Pero la edad de oro no consiste simplemente en una idea feliz del pasado, sino que de algún modo sigue presente entre los mortales gracias a esta idea de su retorno cíclico. El pasado se vuelve presente al estar localizado ora en un lugar geográfico impreciso y lejano, donde ese mundo sigue inalterable, ora en un más allá paradisíaco y prometido (los Campos Elíseos, las Islas de los Bienaventurados, las Hespérides, o la primitiva Italia donde Virgilio situaba el reino de Saturno). La idea del eterno retorno de las edades se corresponde con la propia concepción del tiempo entre los griegos¹⁸. Y los hombres de hoy aspiran, por tanto, a volver a esa etapa mítica.

En Hesíodo, Crono reina en la utopía pasada, y también en la del más allá, en las felices islas donde van a parar las almas de los justos junto con los héroes de la edad mítica. Las Islas de los Bienaventurados son una manera de prolongar la utopía, que sobreviviría en un contexto geográficamente determinado¹⁹. Se podría pensar que es paradójico que el tiránico Crono, devorador de sus hijos, sea considerado el dios de una época feliz. Pero, según las tradiciones órficas recogidas por poetas como Píndaro (*Ol.* II 68 ss.), Crono tuvo, después de ser destronado por Zeus, un dorado exilio en un lugar paradisíaco donde prolongó *ad aeternum* la edad de oro. Allí, en la “torre de Crono” los héroes disfrutaban de eterna dicha y abundancia tras la muerte. Píndaro, en concreto, refleja en un lenguaje misterioso el destino de las almas de los iniciados que “permaneciendo hasta tres veces a uno y otro lado, se atrevieron a mantener su alma lejos de toda injusticia, recorren el camino de Zeus hasta llegar al baluarte de Crono²⁰. Y allí las brisas oceánicas abrazan las Islas de los Bienaventurados (**makaŕwn nasoj**).

¹⁷ Es decir, un “plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación”. Según el *Diccionario de la Real Academia Española*. XXI edición, Madrid, Espasa-Calpe 1992. Aunque es sabido que la definición de utopía ha ido cambiando con el tiempo. Tal vez ganando prestigio. Utopía sería: “*Proyecto deseable, pero irrealizable*. Procede del nombre de un país imaginario descrito por Tomás Moro (s. XVI) en una de sus obras” del reciente *Diccionario panhispánico de dudas*, Real Academia Española 2005.

¹⁸ Cf. el trabajo de P. Vidal-Naquet, “Tiempo de dioses y tiempo de hombres”, en *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego: el cazador negro*. Barcelona, Península 1983, pág. 61.

¹⁹ André Neyton, *L'âge d'or et l'âge de fer*, París, Les belles lettres, 1984, p. 61 y ss. “Les survivances de l'âge d'or”

²⁰ **etell an Dioj oflon para\ Krohou tuksin**. Cf. para el texto, Píndaro, *Olímpicas*. M. Fernández Galiano (ed.), Madrid, Ediciones Clásicas (Bibliotheca Graeca), 1992, p. 148 s..

Las flores de oro relucen unas y otras brotan de la tierra, de los brillantes árboles y a las demás las nutre el agua y entrelazan las manos con collares y coronas.”

El traslado de la edad de oro a un lugar lejano ha tenido gran fortuna en la literatura griega de viajes, ya desde la isla de los feacios que visita Ulises. Eliano (*Varia historia* III 18), ha transmitido un fragmento del platónico Teopompo en el que habla de un enorme continente donde habita una raza de hombres longevos: concretamente refiere el nombre de la ciudad de Eusebe (“la piadosa”), donde viven felices y sin trabajar, alimentados por una naturaleza exuberante²¹. Quizá sean las utópicas islas de Píndaro, tal vez el feliz lugar que el mismo Luciano de Samósata visitaría tras su fabuloso viaje por el mundo lunar (*Historia verdadera* II), descubriendo su gran exuberancia: frutos en forma de copa que se llenan de vino espontáneamente, y ríos de miel, leche y vino.²² O acaso el excelente país de los etíopes, longevos y bellos, al que alude Heródoto (III 17 ss.). De todos modos, la nueva edad de oro no es solo un lugar maravilloso al alcance de exploradores y viajeros: las Islas Felices se localizan también en un más allá ideal, como recompensa a quienes han vivido justamente.

Según las doctrinas de las religiones místicas, al alma del iniciado le esperaba una enorme dicha en aquellos lugares áureos. La edad de oro y las islas afortunadas son mitos que entroncan con un tema religioso, la recompensa a la virtud de los justos en un más allá utópico. Los textos sagrados del orfismo, cosmogonías y teogonías cuyos misterios se relacionan íntimamente con los de Dioniso²³, hablan de ese lugar paradisiaco y de las stirpes humanas en un interesante complemento a Hesíodo. Se ilustra así la relación de ese más allá áureo con el mito de la sucesión de los dioses, que el propio Hesíodo trata en la *Teogonía* (161 y ss.). La base de estas historias se encuentra en el mito de Dioniso Zagreo, que estaba destinado a cumplir la sucesión de su padre Zeus y convertirse en la cuarta generación –después de Urano, Crono y el propio Zeus²⁴– en el trono divino. Después de ser entronizado, el niño dios fue

²¹ Sus habitantes viven en paz y opulencia gracias a la naturaleza espontánea (*kai\ lambahein touj karpouj ek thj ghj xwrij a\rotrwn kai\ bowa*) y pasan el tiempo entre placeres (*kai\ katastrefousi toh e\autwn bi\on gel watej eu\mal a kai\ h\domenoi*).

²² Cf. la introducción de *Viajes a la luna. De la fantasía a la ciencia-ficción*, Edición de Carlos García Gual, ELR, Madrid 2005.

²³ Véase mi trabajo “Elementos órficos en el Canto VI de las Dionisiacas: el mito de Dioniso Zagreo en Nono de Panópolis”, *‘Ilu, Revista de Ciencias de las Religiones* 7 (2002) 19-50.

²⁴ O la sexta, si contamos a las potencias primeras del universo para los órficos, Fanes y la Noche. Para Proclo, *In Plat. Tim. Proem.*, Kern 107 Dioniso sería el último dios en la serie de seis: Fanes, la Noche, Urano, Crono y Dioniso. Los primeros son dos seres de la cosmogonía que a veces no se cuentan como reyes del universo. El mismo Proclo (*In Plat. Crat.* 396b, Kern 101) afirma que para los órficos la serie de reyes del cosmos comienza con Fanes y termina con Dioniso.

descuartizado y devorado por los Titanes²⁵. Zeus se encolerizó con los Titanes y los destruyó con su rayo y de la materia llameante, de la ceniza que resultó de ellos, nació la raza humana actual²⁶.

Según los órficos²⁷, como refiere Proclo, existieron tres razas de hombres, la de oro, la de plata y la de bronce: ésta última estirpe, en los mitos relacionados con los misterios órfico-dionisiacos, se forma a partir de las cenizas de los Titanes, por lo que tendría parte de su carácter violento, pero con una parte divina, al haber ingerido aquellos al niño dios. Los Titanes, en los himnos órficos, son invocados de una forma que recuerda a esos démones resultantes de los hombres de plata hesiódicos y a la vez como origen de la actual raza humana: “Titanes, ilustres hijos de la Tierra y el Cielo, ancestros de nuestros padres, vosotros que habitáis por debajo del suelo en las moradas del Tártaro, principio y fuente de todos los mortales de muchas fatigas²⁸”. Por otra parte, Crono es evocado en los himnos órficos (38) como si fuera el dios opulento de la agricultura áurea²⁹. En cuanto al aspecto alimenticio del paraíso áureo, es claramente una abundancia vegetal y vegetariana, siguiendo las doctrinas órficas y pitagóricas. Porfirio, en su obra *De abstinentia*³⁰, recoge un testimonio de Dicearco sobre la edad de oro: la antigua raza humana vivía cerca de los dioses también en cuanto a alimentación. La dieta era perfecta y se generaba espontáneamente de la tierra³¹. En todo caso, para los órficos Dioniso tiene un papel central en el mito de la edad de oro paradisíaca: no sólo por los aspectos alimenticios y de abundancia, sino por su situación en el orden de sucesión divino y en las edades, en el mundo³².

Platón se hará eco del mito y de estas ideas órficas con perspectiva crítica. Ya en el *Gorgias* (523 b-e) se prevenía acerca de los requisitos para entrar en estas Islas felices, una especie de juicio final de las almas relacionado con la edad de Crono. En la

²⁵ La historia se encuentra en Calímaco fr.643, Euforión fr.13, Plutarco, *De esu carni*, 1.996 (fr.210 Kern), Proclo, in *Pl. Tim.* 35 (fr.109 Kern), Olimpiodoro, in *Pl. Phaed* 61 (fr.107 Kern), Nono, *Dion.* VI 165 ss., etc.

²⁶ Olimpiodoro, in *Pl. Phaed.* 108.

²⁷ Proclo, *In Remp.* 2, p. 74 Kroll.

²⁸ Sigue el texto: “Os invoco a vosotros para que alejéis la ira funesta, si acaso alguno de los subterráneos ancestros fuera a caer sobre nuestras moradas”: *Gaihj upeherqen / oikoj Tartaribisi muxwi xqonoj ehnaiantej, / aɽxai kail phgail pahtwn qnhtwa pol umokqon. / uɽmaj kiki hskw mhain xalephh apopempein / ei) tij apolxqoniwn progohwn oikoj epel alsqh.* *Orphei Hymni*, (ed. W. Quandt) Berlin, Weidmann 1962. Himno 37.

²⁹ *oj dapanaij meh apanta kailaupeij eɽpal in auɽoj*, Himno 38.

³⁰ *De abstinentia* IV 2.

³¹ *automata meh gar pahta eɽueto.*

³² Cf. J.-P. Brisson, “Rome et l’âge d’or: Dionysos ou Saturne?”, *Mélanges de l’École française de Rome* 100 (1988) 917-982, en esp. p.930.

República (II, 363c) Adimanto habla del destino de los justos en el más allá; refiere primero dos pasajes sobre la abundancia de este paraíso áureo en Hesíodo y Homero, y a continuación hace mención de las doctrinas órficas y las purificaciones rituales que hacen en vida individuos y ciudades enteras, inspiradas por “un puñado de libros de Museo y Orfeo, descendencia de Selene y las Musas, según dicen ellos” (364e-365a).

El debate de la edad de oro estaba candente en esa época, en lo político y lo espiritual, y Platón lo refleja en varias ocasiones. Sus alusiones al mundo utópico de los misterios órficos son abundantes³³. En *Leyes* VI, 782c Platón explica el descubrimiento de la agricultura y retrocede a esa edad mítica de los hombres: “cuando no osaban ni probar el buey y no tenían las divinidades ofrendas de animales, sino mezclas líquidas de harina, miel y aceite, frutos embebidos en miel y otras ofrendas *puras* semejantes, mientras se apartaban de la carne como si no fuera pío comerla ni manchar los altares de los dioses con sangre, sino que aquellos de nosotros que vivieron entonces llegaron a tener una especie de vida llamada órfica (οἱ ὄρφοι ἡγομένη... βίβι)”³⁴. Una edad de oro de paz, abundancia y vegetarianismo que enlaza con el pasado y con el más allá prometido.

El mito fue así centrando el debate cultural de la antigua religión y filosofía como una utopía deseable y de añorado retorno. En palabras de Pierre Vidal-Naquet “the age of Cronos, ‘life in the time of Cronos’, as it is called, is a slogan for philosophical and religious sects that are not satisfied, or are no longer satisfied, with the existing civic order.”³⁵ Como sugiere el autor francés, había algo de transgresión o subversión en esta idea utópica de la edad de oro: frente a la religión cívica, en el caso de los misterios, y frente a la ciudad estado, en el caso de la utopía política. Con respecto a la política, ya desde el siglo VI los gobernantes hicieron uso de este *leit motiv* para acrecentar su popularidad. Los campesinos del Ática, por ejemplo, comparaban la tiranía de Pisitrato con “la vida en el reinado de Crono”³⁶ y se dice que la opulencia de Cimón, que convidaba a lujosos banquetes a los atenienses, “resucitó de algún modo la comunidad de vida que según el mito existió en tiempos de Crono”³⁷. La edad de oro

³³ En el *Crátilo* (400b-c) se refiere etimológicamente la doctrina del cuerpo como prisión del alma (*swma*, cuerpo, *shma*, prisión) que Sócrates atribuye a “los seguidores de Orfeo”

³⁴ En la traducción de F. Lisi, cf. Platón, *Diálogos VIII (Leyes I-VI)*, Madrid, Gredos, 1999, p. 493.

³⁵ P. Vidal-Naquet, “Plato’s Myth of the Statesman. The ambiguities of the Golden Age and of history”, *Journal of Hellenic Studies* 98 (1978), 134.

³⁶ Según un testimonio de Aristóteles, *Cons. At.* XVI 7.

³⁷ Así lo refiere Plutarco en *Cimón* X 6-7 (τροπον τινὰ τῇ ἐπὶ Κροῦ μὴ οὐ μὲν κοινωνίαν εἶναι τοῦ βίου αὐτῶν καθέναν).

fue una utopía con carácter casi subversivo, lo que haría que tiempo después los cínicos hicieran de la “libertad de los tiempos de Crono” (e) euqeria h(e)pi\ Krohou) un lema y un ideal de su modo de vida y pensamiento en la época de crisis de la polis³⁸.

A estas alturas, vamos percibiendo que, aunque tradicionalmente el mito pone la edad de oro bajo el gobierno de Crono, es otro dios, mucho más subversivo, patrón de la exuberancia vegetal y alimenticia, el que aparece de improviso como figura principal. Dioniso, dios del éxtasis y de la embriaguez, primitiva deidad de la vegetación y sus ciclos de muerte y nacimiento, era concebido ya desde Hesíodo y Homero como paradigma de la felicidad para los mortales³⁹. Su patrocinio sobre la abundancia vegetal está bien estudiada, así como su condición de dios de la subversión de lo cotidiano y lo racional⁴⁰. La utopía de eterna felicidad que es la edad de oro se configura como un ideal de abundancia y embriaguez que, en el pasado, se sitúa bajo el gobierno de Crono, y que, entre los hombres, de hoy se localiza más bien bajo la égida de Dioniso. Pero es que, además, este orden utópico –lejano en el tiempo y en el espacio–, en contadas ocasiones del año, puede ser devuelto a la tierra en evocaciones subversivas, como alternativa a lo establecido, gracias a la figura de Dioniso. Por ello, uno puede preguntarse justamente si la edad de oro es una utopía dionisiaca.

Ya en la *República* de Platón se afirma, con trasfondo órfico, que para las almas de los elegidos en el más allá “la más hermosa recompensa para la virtud es una embriaguez eterna”⁴¹, un estado de dicha áurea. Dioniso es garante de esa edad de oro que vuelve al mundo gracias a sus festividades al dispensar espontáneamente y con igualdad sus dones –vino, miel y leche, como “señor de todo elemento húmedo”⁴²– a los hombres, ya sean ricos o pobres, reestableciendo ese mundo igualitario por un momento. Como prueba del carácter dionisiaco de esta utopía alimenticia, en las

³⁸ Pseudo Diógenes, *Ep.* p.32, Cf. también Luciano, *Fugitivos* 17. (tau\ta o\ (epi\ Krohou bibj dokai= au\toij kai\ a\tenw\j to\ me\ i au\tole\j ta\ sto\mata e\rsein ek tou=ou\ranou). Por otro lado, Antístenes (fr. 189 G.) defendía la stirpe de los Cíclopes como pertenecientes a esa edad de oro, ya que gozaban también los frutos “espontáneos” de la tierra.

³⁹ Homero le llama “goce para los mortales” (xa\lma bro\toisi) en *Il.* XIV 325, en consonancia con Hesíodo (pol ughqh\j) en *Trabajos y días* 614.

⁴⁰ Para el primer tema cf. W.F. Otto, *Dionysos. Mythos und Kultus*, Francfort 1933 [*Dioniso*, Siruela, Madrid 1997, p. 113 ss.] K. Kerényi, *Dionysos*, Stuttgart, Klett-Cotta 1994 [*Dionisios* (sic), Paidós, Barcelona 1998, p. 35-] y M. Daraki, *Dionysos et la déesse terre*, París 1985 (Flammarion, París 1994) [trad. esp. *Dioniso y la diosa Tierra*, Madrid, Abada Editores, 2005, p. 57-91] p., para el segundo, E.R. Dodds, *The Greeks and the Irrational*, Berkeley and Los Angeles 1951 [*Los griegos y lo irracional*, Madrid, Alianza 2000].

⁴¹ En *Rep.* 363 c-d: ei\j \Aidou gar a\gagonte\j tw\ l ogw\? kai\ katakl ihante\j kai\ sumpo\ision tw\ o\siwn kataskeuabante\j e\stefanwme\hou\j poiou\sin to\h a\panta xro\hon h\h\ diagein mequbntaj, h\ghsamenoi kai\ i\liston a\reth\j misqoh me\qhn ai\w\hion.

⁴² Plutarco, *De Is. et Os.* 35: pa\shj u\gra\j fu\sew\j ku\rio\j.

Bacantes de Eurípides Dioniso y su don permiten a todos los seres humanos “disfrutar de la vida” (*Bac.* 416-426) con abundancia y felicidad áureas, en oposición al trabajo que nace en la edad de hierro hesiódica. La naturaleza es generosa y otorga sus bienes espontáneamente en la obra que quizá mejor refleja la antigua religión de Dioniso. El coro de bacantes afirma que “fluye la llanura con leche, fluye el vino y fluye el néctar de las abejas”⁴³ y en otro momento se narra una imagen de las bacantes que trae la edad de oro (*Bac.* 702 ss.) “Una de las bacantes, tras tomar el tirso, golpeó con él una roca y de ella brotó un manantial goteante de agua. Otra clavó su férula en la tierra, y el dios hizo surgir de ahí una fuente de vino (*kail th̄le krhhh̄n ēpanhk' oīhou qeoj*). Y cuantas sentían deseo de la bebida blanca, arañando con las uñas el suelo, obtenían un manantial de leche (*gal aktoj ēsmouj*). Y sus tirsos de hiedra destilaban corrientes de dulce miel (*glukeiai mel itoj ēstazon r̄paij*)”⁴⁴. Recordemos que ya en el *Himno homérico* dedicado a Dioniso, el dios produce mágicamente vino (VII 35). De nuevo, Platón confirma estos rituales, relacionando la abundancia con el frenesí dionisiaco de “las bacantes que extraen leche y miel de los ríos cuando están en trance báquico y no cuando están en sus cabales”⁴⁵.

Así, los manantiales de vino, miel y leche de las festividades tradicionales de Dioniso, como los referidos en estos pasajes, son prueba del patrocinio de Dioniso sobre esa edad, como afirma Maria Daraki, “la vid es un signo central en los escenarios de la edad de oro”⁴⁶. Y en consecuencia, “en el universo dionisiaco, el sistema alimenticio tiene todos los signos de la edad de oro: abundancia, despreocupación y ausencia de trabajo.”⁴⁷. Se oponen así dos sistemas de alimentación, el dionisiaco, que podríamos denominar utópico, caracteriza la edad de oro, y el prometeico, la de hierro. La institución del sacrificio por Prometeo, relatada también por Hesíodo, simboliza el fin de esa edad de oro dionisiaca y vegetariana y el comienzo del trabajo del hombre para obtener sustento y carne. De tal manera que Dioniso representa una vuelta a ese estadio anterior de la humanidad, subvirtiendo el orden actual (alimenticio, religioso y político), configurado ya en tiempos de Prometeo como pacto entre los humanos de la raza de

⁴³ *Bac.* 141 s. *r̄ei=del gal akti pedon, r̄ei=d' oīhw? r̄ei=del mel issan /nektari*.

⁴⁴ Eurípides, *Bacchae*. Edited with an introduction and commentary by E.R. Dodds, Oxford 1986, p.30.

⁴⁵ Platón, *Ion* 534a: *ouk ēmfronej ōhtej ōrxountai, oūtw kail oī(mel opoioi ouk ēmfronej ōhtej tal kal āl mel h̄ tauta poiounsin, a) l' ēpeidah ēmbwsin eīj th̄h ā(monian kail eīj) toh r̄uqmoh, bakxeubusi kail katexomenoi, w̄sper aī(bakxai ārubntai ek tw̄n potamw̄n mel i kail gal a katexomenai, ēmfronej del oūsai oūj kail tw̄n mel opoiw̄n h̄(yuxh̄l touto ērgazetai, ōper aūtoi l̄ egousi*.

⁴⁶ M. Daraki, ... 1985 [2005] p. 60

⁴⁷ M. Daraki, ... 1985 [2005], 75

hierro y los dioses. Y es aquí cuando la edad de oro, como utopía dionisiaca, se puede tornar subversiva.

En la Antigüedad la subversión del orden establecido, siguiendo a Marcel Detienne, se puede orientar en dos direcciones, hacia arriba y hacia abajo⁴⁸. La subversión hacia arriba tiende a la edad de oro, a lo superior, y la subversión hacia abajo imita a los animales. La oposición básica en esta subversión nos parece la establecida entre la alimentación y sacrificio vegetarianos (utópicos) y los realizados con derramamiento de sangre (cotidianos). Detengámonos en esto un momento para afianzar la relación de Dioniso con la edad de oro, porque Pierre Vidal-Naquet ha interpretado que la tendencia superior, hacia la edad de oro, se ve sólo en los órficos y pitagóricos, mientras que la animalesca sería propia del dionisismo⁴⁹. Sin embargo, ha quedado demostrado ya sobradamente que el dionisismo posee fundamentalmente una orientación vegetariana y de sacrificio incruento. No olvidemos que “el verdadero ‘comer’ dionisiaco es vegetariano”⁵⁰. Así, el ejemplo de la tendencia subversiva hacia lo inferior, en imitación de los animales sería el cinismo, pues la tendencia opuesta, hacia la edad de oro, abarca sin duda el mundo órfico y dionisiaco⁵¹: la oposición fundamental se establece, a nuestro juicio, entre una alimentación espontánea y básicamente vegetariana, en consonancia con la imagen órfico-pitagórica del paraíso, que también es dionisiaca, y una alimentación “prometeica” basada en la carne y el sacrificio del buey⁵².

Dioniso es patrón de la naturaleza que otorga sus dones espontáneamente (*automaton*) y los festivales campesinos dedicadas a él difundían su utopía agraria y alimenticia, resucitando ese mundo temporalmente. Las ofrendas de vegetales, vino, aceite, leche y miel evocaban la superabundancia de la edad de oro⁵³, cumpliendo un calendario agrícola referido a la viña. Hagamos un paréntesis para recordar cómo estaba presente Dioniso y su edad de oro temporal en la vida cotidiana de la antigüedad clásica. Todo el año estaba marcado por celebraciones cíclicas del dios: desde su concepción, en

⁴⁸ M. Detienne, “Entre bêtes et Dieux”, *Nouvelle Revue de Psychanalyse* VI (1972) 230-46.

⁴⁹ P. Vidal-Naquet... (1978), 134-135, llegando a hablar de “the Dionysiacal phantasm of *omophagia*, or through consumption of raw food that could lead finally to cannibalism.”

⁵⁰ Aunque se relaciona a Dioniso con el consumo de carne cruda (el *sparagmós* y la *omophagia*), estos son sacrificios rituales no alimenticios, a veces consistentes en despedazar un vegetal. Cf. M. Daraki, ... 1985 [2005], 82

⁵¹ El propio Detienne habla de los estrechos vínculos de Dioniso con la edad de oro: M. Detienne, *Dionysos mis à mort*, París 1977, p. 200.

⁵² Cf. Platón, *Leyes* VI, 782c, citado anteriormente.

⁵³ M.P. Nilsson, *Greek Popular Religion*, Nueva York 1940, pág. 31 y ss.

los misterios eleusinos, y su nacimiento (septiembre-octubre), hasta la fiesta de Dioniso Limneo o “de los pantanos” en noviembre, cuando el vino fermentaba. En nuestro mundo, es el momento del vino y los frutos de Dioniso, llamados con el nombre de sus frutos (*opora*) la estación que otorga a los hombres “la alegría dionisiaca que no se puede atesorar” según palabras de Platón (*Leyes* VIII 844 d y ss.). A comienzos del invierno Dioniso reinaba en Delfos, en enero se probaba el vino en las Dionisias rurales y en las Leneas de febrero se seguía festejando al dios de doble nacimiento.

Pero una vez al año, Dioniso volvía entre los mortales para dispensar sus dones y resucitar por breve tiempo la edad de oro. Hay diversos testimonios por toda la Grecia antigua de esas celebraciones: muchas veces, conmemorando la abundancia espontánea de la edad mítica, el dios hacía brotar vino, leche o miel una vez al año en Teos, la Élide o Andros.⁵⁴ En Atenas clásica, el momento de su regreso temporal a la tierra era, precisamente, las Antesterias, el festival de Dioniso el florido (**αἱθροῖ**), el más importante de la ciudad, celebrado cuando el vino estaba ya maduro para su consumo. Esta fiesta, a finales de febrero, marcaba la subversión característica de la edad de oro: durante el primer día, llamado *Pithoigia* (“apertura de las vasijas”) el vino se llevaba y se consagraba en el santuario de Dioniso Limneo⁵⁵. La apertura de las jarras de vino, que habían permanecido semienterradas, era un momento solemne y alegre, que se puede equiparar al comienzo de las Saturnales romanas y con el *patet mundus*: en cierto modo se abrían las puertas del más allá. El vino atraía a las sombras de los muertos sedientos (*dipsioi*). Pero Dioniso, que tiene estrechas relaciones con el mundo de los muertos⁵⁶, no trae consigo fantasmas terroríficos, sino precisamente esos espíritus hesiódicos y órficos de la edad de oro que velan por el bienestar del hombre, pues el Dioniso infernal es calificado de **πλουτοδοτῆς**, como los demonios de aquella pretérita edad⁵⁷. Dioniso, como “señor del elemento líquido”, entraba en la ciudad en procesión en un barco con ruedas que recuerda igualmente al *carrus navalis* de las Saturnales. El segundo día, las *Choes* (“jarras”) se dedicaba a la bebida y a la subversión total del orden entonces: incluso los niños bebían vino. También era parte del festival el matrimonio ceremonial entre Dioniso y la esposa del arconte *basileus*, en representación de la ciudad. El tercer día (*Khutroi* u “ollas”) suponía una mezcla entre dos mundos: era

⁵⁴ Diodoro V 66, Pausanias VI 26.

⁵⁵ El pantano que aparece en las *Ranas* de Aristófanes, 209 y ss.: **ἀμφὶ Νυμφῶν Διοῦ Διωνῶν ἐν Λιμναίῳ ἰαχῆσάμεν, ἥνικ' ὁ(Κραπαλὸς κωμῶν τοῖς ἱεροῖσι Χυτροῖσι.**

⁵⁶ Cf. Heraclito, fr. Diels 22 b 15, “Dioniso y Hades son un mismo dios”.

⁵⁷ Hes. *Trabajos y días* 126.

el día en que las almas se paseaban por la ciudad, y se dedicaban a ellas pequeños recipientes (*kernos*) llenas de fruta y varios dones del campo, las mismas que llevaban las mujeres en los misterios de Eleusis. El día se dedicaba a beber utópica y desafortunadamente, como en el más allá áureo. Como canta el coro de las *Ranas* de Aristófanes “cuando, en las fiestas de las Ollas, la multitud en tropel, embriagada y en júbilo, se dirige hacia nuestro santuario”⁵⁸. En la gozosa procesión, hombres mujeres y niños marchaban al santuario de Dioniso en las marismas, pasaje simbólico al otro mundo una vez al año. A la vez, todos los otros templos de la ciudad permanecían cerrados con un cordón de protección alrededor, para evitar el contacto con esa mezcla de mundos. Al final de la fiesta se encerraba a los espíritus tras las puertas del más allá⁵⁹.

Eran, en definitiva, fiestas de subversión y vuelta temporal a la edad de oro que recuerdan en gran medida al carnaval posterior, heredero de estas celebraciones que exaltan la agricultura. Y aunque todos los géneros literarios se harán eco de esta vuelta persistente de la edad de oro, arraigada en el imaginario antiguo y en el debate social⁶⁰, donde con más fuerza aparece la utopía dionisiaca de la edad de oro es en la comedia. Y no sin lógica, teniendo en cuenta su origen en las procesiones de Dioniso (*komoi*), que entroncan con la propia etimología de la palabra. La comedia antigua presenta evocaciones de la edad de oro en la vida cotidiana pues, como el ritual dionisiaco, celebra también la vitalidad, la abundancia de comida y bebida, la exaltación idílica y alimenticia del campo. Y a menudo el propio Dioniso, tan ligado al teatro en festivales como las Dionisias y las Leneas, aparece en las obras como personaje (véanse las *Ranas* de Aristófanes).

La comedia del siglo V presenta una serie de caricaturas del mito de la edad de oro, como utopía de abundancia, hasta el punto de que se ha llegado a hablar de “Comedia utópica”⁶¹, alejada de la realidad presente para evocar de forma humorística esos tiempos felices y contraponerlos cómicamente con los actuales. Cratino, por

⁵⁸ Cf. Aristófanes, *Las Ranas*. Introducción, traducción y comentario por J. García López, Murcia, Universidad de Murcia, 1993, p. 232 y comentario.

⁵⁹ Con gritos de “marchaos, espíritus, se acabaron las Antesterias”: **Quraze khrej, ouket' anqesthria**

⁶⁰ Por poner algún ejemplo, en la poesía, de la abundancia espontánea de la edad de oro, en su meliampo quinto “Contra Esfero” Cércidas usa la expresión típica de este tipo de dones espontáneos de la tierra que aparece desde Hesíodo (**zeidwroj ajoura**), véase José A. Martín García, “Orden e integración de los meliambos cercideos”, *Cuadernos de Filología Clásica: Estudios griegos e indoeuropeos*, 12 (2002), 89-135.

⁶¹ Como refiere críticamente A. Lesky en su *Geschichte der Griechischen Literatur* (2 ed.), Bern 1963 [trad. esp. *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1969, p. 452.

ejemplo hablaba del reinado de Crono⁶² en una comedia titulada *Ricos*, mientras que Crates ponía en el escenario máquinas automáticas que realizaban los trabajos pesados en lugar de los esclavos. La obra de Crates *Los animales* presenta un coro de animales abogando –lógicamente– por el vegetarianismo de la edad áurea. Teleclides, por su parte, presenta en *Anfictiones* una imagen idílica de esta utopía alimenticia: ríos de vino y sopa, panes que saltan a la boca de los hombres, peces y carne que ya brotan cocinados, todo espontáneamente, como remedo cómico y exagerado de esa edad mágica (de hecho, se le atribuye otra obra titulada *Hesíodos*). Por último, a Eupolis se le asigna una comedia titulada *La raza de oro* que al parecer era una sátira política contra Cleón inspirada en los tiempos áureos: uno de sus fragmentos hace referencia a la igualdad primigenia de la edad de Crono (**εἰς πρῶτον μὲν ὑπαρχεῖν παῖτων ἰσηγορίαν**). Aristófanes, por su parte, no deja de evocar esa edad mítica con temas también órficos y dionisiacos, como se ve en el descenso de Dioniso a los infiernos en *Ranas* o en la parodia cosmogónica de *Aves* (698 ss.)⁶³.

Como se ha visto en las continuas alusiones, el otro gran autor que refiere con detalle la vida en la edad de oro es Platón, en cuya obra aparece la idea de la utopía dionisiaca, si bien con distancias críticas y siguiendo una evolución pareja a su propio pensamiento, desde la *República* a las *Leyes*. Con respecto a sus menciones de la edad de oro, la tripartición de las edades que se mencionaba siguiendo la interpretación de Dumezil y Vernant y los textos órficos, desempeña un papel fundamental en el pensamiento platónico, si atendemos a sus teorías sobre el alma o sobre el Estado. Platón enmarca la clasificación tripartita de las edades en un sistema más ambicioso que incluye una definición del alma humana y del estado ideal. En lo particular, el reflejo de las cinco razas hesiódicas se deja sentir en la *República* en cuanto a los tipos de alma y sus funciones en la sociedad, y los tipos de gobierno posibles. Por ejemplo, en el libro III (414a-415d) se narra un mito sobre la composición de las almas de los niños a partir de los metales oro, plata, bronce y hierro, siendo cada una apta para un tipo de función social. “Sois, pues, hermanos todos cuantos habitáis en la ciudad –les diremos siguiendo con la fábula–; pero, al formaros los dioses, hicieron entrar oro en la composición de cuantos de vosotros están capacitados para mandar, por lo cual valen más que ninguno; plata, en la de los auxiliares, y bronce y hierro, en la de los labradores y demás

⁶² En Ateneo, *Deipn.* VI 267e.

⁶³ Según la cual el universo habría surgido de un huevo (**τίκτει πρῶτιστον ὑψημῖον Νυκὶς ἡ μελ' ἀνοπτεροῖ %ῶν**), y los pájaros dicen ser reyes de una edad dorada previa incluso a la de Crono y los titanes (467-471): **ἀρχαιοτεροὶ προτεροί/τε Κρόνου καὶ Τίταιων ἐγεγῆσθε, καὶ Ἰχθυεῖς.**

artesanos.” Los magistrados vigilan como guardianes las mezclas de estas calidades de almas.

Así, también en un pasaje siguiente (III 547a-b) se pone como tarea a los gobernantes combinar estos metales y “aquilatar las razas hesiodeas”: “la de oro, la de plata, la de bronce y la de hierro. Y al mezclarse la férrea con la argétea y la broncea con la áurea, se producirá una cierta diversidad y desigualdad inarmónica [...] Una vez producida la disensión [...] cada uno de los dos bandos tiró en distinta dirección: lo férreo y lo bronceo, hacia la crematística y posesión de tierras y casas, de oro y plata; en cambio, las otras dos razas, la áurea y la argétea, que no eran pobres, sino ricas por naturaleza, intentaban llevar a las almas hacia la virtud y la antigua constitución.” Es decir, hacia “un término medio entre la aristocracia y la oligarquía” (547 c)⁶⁴. Vemos que ha perdurado la bien conocida simplificación de las cinco razas en tres grupos, lo cual tendrá gran importancia en el pensamiento platónico: las tres funciones del alma, las tres virtudes, las tres funciones sociales y los tres tipos de gobierno, conformando un ciclo de decadencia y retorno⁶⁵. (véase VIII, 544a-b, p. e., sobre los tipos de gobierno)⁶⁶,

Este se observa bien en el *Político* (291d), donde se ordenan las ciudades, según varios criterios, en tres grupos –monarquía, aristocracia y oligarquía, y democracia– haciendo alusión a tres mitos, entre ellos el que nos ocupa. Se relata en el diálogo cómo los hombres vivían en la época posterior a la creación del mundo al cuidado directo de la divinidad, en una edad de oro en que “no existía entre ellos guerra ni disensión” y la vida de los hombres era “espontánea” (**αὐτομάτου περιβίου**)⁶⁷, es decir, como aclara más adelante, era de nuevo la utopía dionisiaca: “tenían, en cambio, frutos abundantes (**καρποὺς δὲ ἀφ’οἷου**) de árboles de muchos bosques de distintas clases: aquellos no se producían por cultivo, sino que espontáneamente los daba la tierra (**αἱ δ’ αὐτομάτῃ**

⁶⁴ Para la traducción, cf. Platón, *La República*. Introducción de Emilio García Díaz, Traducción de J. M. Pavón y M. Fernández Galiano. Colección “Nuestros Clásicos”. Universidad Nacional de México, 1993.

⁶⁵ Aunque son aspectos bien sabidos, recordaremos que las tres partes del alma son la racional (**τοῖ λογιστικῶν**), la irascible (**οὐμoeιδεῖς**) y la concupiscente (**τοῖ ἐπιθυμητικῶν**), que corresponden a las tres virtudes, sabiduría, valor y templanza. Los tres tipos de gobierno también se corresponden con los metales hesiódicos –oro, plata y bronce–; la edad de oro sería la monarquía, llena de *dike*, y su extremo opuesto, la democracia, oscilaría entre la *hybris* y la *dike*.

⁶⁶ La edad de oro se puede asimilar a la monarquía, la timocracia a la de plata, la oligarquía a la de bronce, la democracia es la edad heroica y la tiranía sería una suerte de edad del hierro.

⁶⁷ *Político* 271e-272b. Cito la traducción de A. González Laso en Platón, *El Político, Critón, Menón*, Madrid, Centro de estudios constitucionales 1994, p. 27.

aḥadidoushj thj ghj)⁶⁸.” Hay también referencia a ese ciclo de edades (269d-e), pues el mundo se mueve en movimiento circular (aḥakukl hsi j)⁶⁹. El universo marcha a veces guiado por la divinidad, que le otorga su protección paradisíaca; otras, en solitario, en cuyo caso hace una vuelta cíclica –“y esa su marcha retrógrada se da en él necesariamente como algo que le es connatural”– y se producen grandes cataclismos para los hombres. En la fase de gobierno divino, como el caso de Crono, se daba la raza de hombres áureos, los autóctonos, que, como en Hesíodo, no morían realmente: “surgiendo de la tierra, en efecto, todos recobraban vida, sin guardar recuerdo alguno de su anterior existencia [...] Esta vida, Sócrates, de la que te estoy hablando, era, por cierto, la vida de los hombres de la época de Cronos.”⁷⁰ El mito de las edades en Platón se simplifica filosóficamente, señalando con claridad la diferencia entre dos edades, una dirigida por la divinidad y otra en la que la filosofía debe regir el gobierno y la vida humana: sin embargo, esta adaptación, a modo de ejemplo, no se opone a las ideas tradicionales que aparecen en Hesíodo y los órficos, que Platón conoce y menciona.⁷¹ No obstante, sí observamos una cierta distancia crítica acerca de la subversión dionisiaca, que se mueve en la ambivalencia platónica con respecto al vino y a la embriaguez⁷², cuando en el *Político* se pinta la imagen de los hombres de oro que “atiborrándose de alimentos y bebidas hasta saciarse, conversaban entre sí y con los animales sobre mitos como los que ahora se cuentan a propósito de ellos”⁷³ El reflejo de la edad de oro como utopía dionisiaca está, pues, presente en Platón, aunque matizado por cierta ambigüedad.

En las *Leyes*, escritas al final de la vida del filósofo, hay un retablo de la vida bajo Crono con ciertos cambios dignos de mención. En el libro IV se afirma que “la tradición nos ha transmitido una leyenda de la vida feliz de los hombres de aquel entonces, que lo poseía todo en abundancia y de manera espontánea (aḥqona/ te kail

⁶⁸ Seguimos la edición de Oxford Classical Texts (*Platonis Opera I*, Oxford 1993) que en su página 499 prefiere la lectura de las familias más antiguas de manuscritos (que ofrecen aḥtomathj) frente a aḥtomatouj y aḥtomatwj.

⁶⁹ Tal y como entienden el pasaje C. Robin y P. Vidal-Naquet (cf. P. Vidal-Naquet, ... 1978, p. 138).

⁷⁰ Cito traducciones esta vez de M^a Isabel Santa Cruz, *Platon, Diálogos V* (Parménides Teeteto, Sofista, *Político*), Madrid, Gredos, 1988, p.527 y 534.

⁷¹ En palabras de F. Lisi, “No hay nada en el texto de Platón que lo oponga a la religión de los padres, su filosofía es, más bien, un intento de cominar la religión astral con las creencias politeístas tradicionales” Cf. F.L.Lisi, “El mito del Político”, *Études Platoniciennes I* (2004) 73-90, cf. p. 88.

⁷² Por ejemplo, en las *Leyes* a veces recomienda el vino y otras limita y proscribe su uso, como veremos. Es una ambivalencia que ha notado Vidal-Naquet: “although Plato resisted to the end the different mirages of the Golden Age [...], there was no lack of tension”. P. Vidal-Naquet, ...1978, p. 141.

⁷³ Cf., de nuevo, la traducción de A. González Laso, ... 1994, p. 28.

automata). Se dice que la causa de todo esto era que Cronos, conociendo [...] que el ser humano es incapaz de no llenarse de injusticia, colocó [...] como reyes y gobernantes nuestras ciudades, no a seres humanos, sino seres de una estirpe más divina y mejor, espíritus (**daimonaj**). Así, bajo estos espíritus de “raza superior”, que recuerdan a los **daimonej epixqohioi** de Hesíodo, “guardianes de los mortales (*Trab.* 109 ss.) los hombres vivían felices, y lo que habría que hacer sería “imitar por todos los medios la vida llamada de la época de Cronos”⁷⁴. Aunque estaba caracterizada por la abundancia y el ocio, vemos que en esta primera descripción platónica de la edad de oro había ciudades (713d-e) y gobernantes divinos (713d), y la abundancia no solo era material y alimenticia sino de justicia (**afqoniā dikhj** 713 e y **euñomiā**). La edad de oro, que había centrado durante tanto tiempo el debate social y político, se convertía así en un ideal de gobierno divino también para un mundo futuro. Como consignó Vidal-Naquet, “it is therefore legitimate to say that the best ordered among existing city-states are copies of the forms of ‘authority administration that obtained in the time of Cronos’, **a)rxh/te kai\oi\khsij... epil\Krohou** (713b)”⁷⁵

Pero, como decimos, en Platón los restos de la edad de oro dionisiaca son abundantes y se hacen notar. En las *Leyes*, por ejemplo, esta idea de alimentación utópica y comunal centra las directrices del libro VIII sobre la organización alimenticia, cuando se dice que “es necesario que todos compartan la fruta otoñal”, la *opora* dionisiaca, que “tiene para nosotros dones dobles de su gracia, uno es cultivo de Dioniso no atesorable (**a)hsauriston**), mientras el otro sirve naturalmente para ser acopiado”⁷⁶. Hay que compartir por ley los frutos que son **a)hsaurista** que en este contexto podemos considerar sinónimo de **afqoha**, característico de la abundancia áurea. Además, la edad para gozar de los bienes de Dioniso comunalmente se sitúa en los treinta años (845c), cuando podrán tomar sin vergüenza los frutos otoñales en comunidad. Y es que la utopía dionisiaca está concebida como una vuelta a las “antiguas leyes” que regían la tierra en la edad de oro (*Leyes* III 700a-c)⁷⁷, una suerte de regreso temporal a esos tiempos que concedieron los dioses a los hombres de nuestra edad de hierro a través de los dones de Dioniso, que son, además del vino y los vegetales, la danza y la música. O como establece el diálogo al hablar de la educación

⁷⁴ Traducción de F. Lisi, en Platón, *Diálogos VIII (Leyes I-VI)*, Madrid, Gredos, 1999, p. 370.

⁷⁵ P. Vidal-Naquet, ... 1978, p. 140.

⁷⁶ Tomamos las traducciones de F. Lisi, en Platón, *Diálogos IX (Leyes VII-XII)*, Madrid, Gredos, 1999, p. 111, ss.

⁷⁷ Cf. Platón, *Diálogos VIII (Leyes I-VI)*, Madrid, Gredos, 1999, p. 342.

(II, 653 c-e), “los dioses, apiadándose del género humano que, por naturaleza, está sometido a tantas fatigas, dispusieron como descanso de sus penurias la alternancia de fiestas, y, para que recuperen su estado originario, les dieron a las Musas y a Apolo, el guía de las musas, así como a Dioniso, como compañeros de sus festivales”⁷⁸. Sin embargo, Platón desea que el orden quede salvaguardado y establece unos límites que regulan el disfrute de esa edad de oro temporal que representa Dioniso, regulando sus himnos y celebraciones, y también el consumo del vino, en el libro II de las *Leyes* (666a-c). Las normas para el vino recuerdan el camino del alma de los iniciados, en distintas etapas de los misterios, hasta llegar a las islas de los bienaventurados, en función de la edad: “¿No legislaremos, primero, que los niños no prueben en absoluto el vino hasta los dieciocho años? [...] luego, que gocen medidamente del vino hasta los treinta años, aunque el joven debe abstenerse totalmente de la embriaguez y de la abundancia de vino, y cuando entre los cuarenta, tras haberse alimentado bien en las comidas en común, que invoque a los otros dioses, y en especial que convoque a Dioniso al misterio y al mismo tiempo juego de los más ancianos [...] para que rejuvenezcamos”⁷⁹. De nuevo las tres edades humanas, relacionadas con el tema dionisiaco, y con el límite repetido de los treinta años para probar frutos dionisiacos.

En resumen, como podemos ver, Platón trata de regular los aspectos subversivos de las celebraciones dionisiacas, admitiendo su relación con la edad de oro y su efecto beneficioso sobre los hombres. Dioniso, mediante sus dones no atesorables (*ἄφθαστον*), dispensados generosa y espontáneamente (*ἀφρονά τε καὶ αὐτομάτῃ*), siguiendo la tradición, cumplen el viejo esquema místico del rejuvenecimiento áureo. No solo en la política la edad de Crono es un modelo a seguir: también observamos que la ciudad ideal y teocrática de Platón se inspira en la edad de Dioniso, que trae temporalmente el paraíso a los hombres, para construir un estado feliz.

La idea de la utopía dionisiaca en el imaginario clásico habría perdurar también en Roma, como atestiguan las abundantes referencias en la poesía latina. A partir de ahí, el mito tendría una enorme pervivencia hasta llegar a nuestros días. Los poetas romanos recogerán esta idea y la amplificarán, aplicada al momento político, por medio de varias vías: por un lado, recibieron la tradición de los grandes textos de Hesíodo y Platón, que hemos citado. En segundo lugar, los poetas bucólicos del helenismo, tan influyentes en Roma, como Teócrito, a quien debemos la aparición de la edad de oro como tópico

⁷⁸ Para la traducción, *ibid.* p. 244.

⁷⁹ De nuevo, cf. *ibid.* p. 271.

amoroso⁸⁰: el mundo idílico y pastoril de Teócrito, ideal de abundancia y amoríos, se compara con los tiempos de Crono. En tercer lugar, influyeron los *Fenómenos* de Arato, que fueron muy leídos y traducidos en Roma. Arato (96 y ss.) habla de las tres edades (Oro-Plata-Bronce) al describir la constelación de la Virgen (**parqehoj**) que lleva en la mano la espiga resplandeciente (**eh xeiril ferei Stakun aigl henta**). Según el poeta astrónomo en una época pasada habitaba entre los hombres bajo el nombre de Dike, cuando había justicia y abundancia agrícola entre los hombres áureos. Luego, con la edad de plata, comenzó a desvincularse del mundo, y hoy, en la tercera edad, ya no hay justicia en la tierra y la divinidad vive de nuevo entre las estrellas. Sin embargo, siguiendo el tema del tiempo cíclico, esos tiempos han de volver.

Pero, además de la tradición helénica, hay que decir que el mito de la edad de oro no era en absoluto ajeno al mundo romano, inspirado en los valores primitivos de la *pietas*, esa especie de justicia y respeto interiorizadas que habría sido la marca de distinción de los primitivos habitantes del Lacio. De hecho, la misma fundación de Roma se remite a ese pasado prestigioso, cuando Virgilio habla del primitivo reino áureo de Saturno⁸¹, desterrado del gobierno celeste por Zeus, que tuvo lugar en la Italia primitiva. Por fin, la edad de oro, las Hespérides y las islas de los Bienaventurados obtienen un emplazamiento geográfico real: Italia. A esto hay que añadir que Saturno, asimilado a Crono en la *interpretatio Graeca*, era una primitiva divinidad itálica, que habría reinado en un pasado dorado y bucólico. Según Macrobio, Saturno fue acogido en Roma por el dios Jano⁸² y su templo tenía un lugar preeminente en la ciudad.

En el plano de las festividades religiosas, hay que recordar que en Roma, en paralelo con las Antesterias de Dioniso, se celebraba otro festival de añoranza y recuerdo de la edad de oro, las Saturnales, que suponían otro tanto de subversión primitivista y áurea. Los calendarios romanos se detenían el catorce antes de las calendas de enero (17 o 19 de diciembre, aunque los festejos podían prolongarse) para honrar al primitivo Saturno y su edad de oro. La estatua del dios se liberaba simbólicamente como señal de que volvía durante un breve tiempo su reinado. Durante las Saturnales regresaba la edad utópica temporalmente: como es sabido, los esclavos estaban liberados del trabajo y podían sentarse a la mesa con sus amos. Había libertad

⁸⁰ Teocr. XII, 15 **həra tot' hən / xruŋeioi pal in ahdrej, o(k)ahtefil hj' o(fil hqeij**.

⁸¹ Virgilio, *Eneida*, VIII 319 ss. No en vano, el Lacio se llamaría así porque Saturno fue a esconderse (*Latium-latere*) allí de Zeus.

⁸² Macrobio, *Saturnalia* I 7 51 ss.

de palabra e igualdad, como recuerda Horacio⁸³, se vestía de forma informal e igualitaria, con el célebre sombrero llamado *pilleus*, propio de los esclavos manumitidos, que representaba la libertad de los viejos tiempos y el orden político perfecto, como atestiguan numerosas fuentes literarias⁸⁴. Las Saturnales en Roma no solo representaban el regreso de una edad de oro política y alimenticia, sino también una especie de utopía moral⁸⁵.

Luciano pone en boca de Saturno (*Saturnalia* IV 111) unas palabras sobre su reinado subversivo y el breve retorno que suponen las fiestas en su honor a ese origen feliz: “me pareció bien reservar esos pocos días para los propósitos que he mencionado. Durante esos días retomo mi autoridad, para que los hombres recuerden cómo era la vida en mis tiempos, cuando todas las cosas crecían para ellos sin necesidad de sembrar ni arar. Y no eran espigas, sino hogazas de pan y carne ya cocinadas. El vino fluía en ríos y había fuentes de miel y leche. Pues todos eran buenos y dorados. Y esta es la causa de mi reinado de breve tiempo y por ello por doquier hay júbilo y canciones y juegos, e igualdad entre todos, siervos y hombres libres, pues bajo mi gobierno no había esclavitud.” La abundancia dionisiaca estaba garantizada. Según Tito Livio, después de los ritos había un banquete público, con asistencia de la imagen del dios, instituido en 217 a.C.⁸⁶ Así no solo volvía la igualdad de la edad de oro, sino también su proverbial abundancia en banquetes como los que refleja Macrobio en su obra *Saturnalia*, explicando con detalle la festividad, que incluía el célebre *carrus navalis* y otros detalles paralelos con los festejos dionisiacos de las Antesterias⁸⁷.

El tema de la edad de oro en la poesía latina —especialmente de época augustea— ha sido bien estudiado⁸⁸ y hay muchas indicaciones de que Dioniso conserva su reinado en el imaginario sobre esa época utópica también en Roma. Los ejemplos son

⁸³ En la Sátira VII del libro II, Davo, esclavo de Horacio, le habla con franqueza haciendo uso de la “*libertate Decembri*” (VII 4) para señalar que solo los sabios son verdaderamente libres.

⁸⁴ Las Saturnales eran tremendamente populares entre las clases bajas de Roma y también entre algunos de sus poetas. Catulo habla de ellas como “los mejores días” (XIV), en clara alusión a los días utópicos del pasado, que vuelven cíclicamente. Otros, como Plinio el Joven (*Ep.* II.17.24), que se aislaba durante las celebraciones, y Séneca (*Ep.*, XVIII.3), que se quejaba de los festejos en masa, no los disfrutaban tanto.

⁸⁵ No en vano, la edad de oro era una época de mayor decencia, como dice Juvenal (*Sátira* VI) “*Credo Pudicitiam Saturno rege moratam / in terris visamque diu*” o “*Credo che in terra soggiornasse, e a lungo / Siasi fatta veder la Pudicizia, / Durante il regno di Saturno*” como traduce el profesor Vescovi en verso italiano (*Le Satire di Decimo Giunio Giovenale voltate in versi italiani*, Florencia, G.C. Sansoni editore, 1875, pág. 109).

⁸⁶ Cf. Livio ** Después, según Macrobio (I.10.18), los celebrantes gritaban “Io, Saturnalia!” en una comida comunal.

⁸⁷ Una dudosa etimología que remonta a esta tradición la palabra Carnaval.

⁸⁸ Cf., p.e., J.-P. Brisson, *Rome et l'âge d'or. De Catulle à Ovide, vie et mort d'un mythe*, París, éd. la découverte, 1992, 200 p.

abundantes y sólo nos detendremos brevemente en los más destacados, a modo de conclusión que demuestre la posición central de Dioniso en el tema clásico de la edad de oro.

Sin duda, el esbozo más completo de la edad de oro en la literatura latina se debe a Ovidio, que recupera el mito con todo su sabor hesiódico en el primer libro de las *Metamorfosis*. El retrato de la edad de oro es muy similar al de Hesíodo, cuando vivió una raza de hombres “que cultivaba / La lealtad y el bien, sin autoridad, por propia iniciativa, sin ley.[...]” y habitaba en un entorno de abundancia en el que “la tierra misma, libremente, sin que el azadón / La tocara ni el arado la hiriera, lo daba todo por sí misma (*per se dabat omnia tellus*)”. Es, de nuevo, el mundo dionisiaco en que “la tierra producía sin arar frutos, / Y el campo sin barbecho se blanqueaba de espigas preñadas. / Ya corrían ríos de leche, ya ríos de néctar, / Y amarilla miel goteaba de la verde encina”⁸⁹ A continuación, el poeta se aleja del modelo hesiódico, en la edad de plata (v. 113-124) nace el trabajo, y en la de bronce (v. 125-127) la violencia, mientras que la edad de hierro (v. 127-150) representa el crimen y la impiedad. La narración de Ovidio, con gran repercusión en la posteridad del mito, incluye así elementos de la abundancia dionisiaca. No en vano, para Ovidio, Dioniso no es sólo el inventor del vino, sino también de la miel (*Fastos* III 736 ss.), que brota espontáneamente en el imaginario de la edad de oro dionisiaca.

Pero ya hacia el final de la República, Lucrecio daba los primeros testimonios literarios del mito al hablar del origen de los hombres y de su felicidad y abundancia primitivas en su poema sobre la naturaleza⁹⁰. Más tarde, Tibulo expresaría, en una elegía a Delia, su nostalgia por la edad de oro como lugar pacífico e ideal para los amantes, retomando a Teócrito (I 3 35 ss. “¡Cuán brillaste feliz, siglo dorado! / Aun no abrían el sueño anchos caminos / Aun no hendían el mar audaces pinos / Ni entregaban al noto seno hinchado”⁹¹). A continuación, Tibulo se recrea en el tópico de la abundancia dionisiaca de la naturaleza y en la paz y lamenta que ahora, en la edad de

⁸⁹ Ovidio, *Metamorfosis*. I 89 ss. Ovidio, *Metamorfosis*. Introducción y notas de Antonio Ramírez de Verger. Traducción de Antonio Ramírez de Verger y Fernando Navarro Antolín. Madrid, Alianza Editorial, Clásicos de Grecia y Roma 1998, pág. 70.

⁹⁰ Lucrecio, *De rerum natura* V 1390 ss. *haec animos ollis mulcebant atque iuuabant / cum satiate cibi; nam tum sunt omnia cordi. / saepe itaque inter se prostrati in gramine molli / propter aquae riuom sub ramis arboris altae.*

⁹¹ Así suena la traducción castellana de Norberto Pérez del Camino, en *Elegías de Tibulo* (sic), traducidas al castellano por D. Norberto Pérez del Camino, con un prólogo del Excmo. Señor D. Manuel Alonso Martínez, Madrid, Imprenta de Julián Peña, 1874, pág. 77. El conocido texto latino es *Quam bene Saturno uiuebant rege, priusquam / Tellus in longas est patefacta uias! / Nondum caeruleas pinus contempserat undas, / Effusum uentis praebueratque sinum...*

Zeus, abunde la muerte y las guerras⁹². También en sus versos aparece Dioniso como patrón de la edad de oro, tiempo de paz y alimentación “Ven, Baco, de racimos coronado, / Ceres orna tu sien de rubia espiga, / descansa el labrador de su fatiga / y descansen la tierra y el arado”⁹³. A su vez, Propertio retomó el tema teocrito recordando cuán presente está Dioniso como patrón de la edad de oro. La clave de la añoranza de esa edad pacífica y opulenta es para el poeta que “si los hombres no tuvieran otro deseo que pasar así su vida, y quedarse recostados lánguidamente por mor de vino puro, no habría ni hierro asesino ni barco de guerra”⁹⁴.

Otro gran poeta latino, Catulo introdujo, como es sabido, el tema de Dioniso, a propósito del abandono de Ariadna, en su obra *Bodas de Tetis y Peleo*. En ella, la llegada de Dioniso es contemplada, según una inteligente interpretación de Jean-Paul Brisson –que ha estudiado los temas dionisiacos en los poetas latinos–, como un regreso de la edad de oro. Ante la tristeza de Ariadna, “de silenos y sátiros seguido / por otro lado rápido avanzando / se ve a Baco venir fresco y florido”⁹⁵. Catulo toma a Dioniso como símbolo del regreso de la edad de oro y cumplimiento del tiempo cíclico destinado. En concreto, Brisson afirma que “c’est sans doute dans le contexte d’un tel âge d’or dionysiaque qu’il convient de lire la conclusion de l’épisode d’Ariane chez Catulle”⁹⁶.

Otro poeta dionisiaco a este respecto es Horacio⁹⁷, quien, por un lado, retoma el motivo de la naturaleza espontánea de una manera muy parecida al pasaje comentado de Eurípides en *Bacantes*⁹⁸ en el libro II de sus *Odas*, cuando describe las fuentes de vino y manantiales de leche y miel que hacen surgir las seguidoras del dios: “Ah! Puedo ya las tíadas salaces / cantar, del vino la escondida fuente, / la dulce leche en abundosos ríos, /

⁹² Tibulo, I 3, 45-50: *Ipsae mella dabant quercus, ultroque ferebant / Obuia securis ubera lactis oues...*

⁹³ Tibulo, II, 1 3ss.: *Bacche, ueni, dulcisque tuis e cornibus uua, / pendeat et spicis tempora cinge, Ceres / Luce sacra requiescat humus, requiescat arator*. De nuevo, tomamos la traducción añeja de Norberto Pérez del Camino, 1874, pág. 172.

⁹⁴ Propertio II, 15, 41: *Qualem si cuncti cuperent decurrere uitam / et pressi multa membra iacere mero, / non ferrum crudele neque esset bellica nauis*. S. Propertii, *Carmina*, E.A. Barber (ed.), Oxford 1960, p.52.

⁹⁵ *At parte ex alia florens uolabat Iacchus / cum thiaso Satyrorum, et Nysigenis Silenis...* La añeja traducción castellana está tomada de *Poesías de Catulo*, traducidas en variedad de metros por Don Manuel N. Pérez de Camino, Ilustradas con numerosas y eruditas notas por el mismo autor, y precedidas de un prólogo original del Excmo. Señor Don Manuel Alonso Martínez, Madrid, Imprenta de M. Minuesa de los Ríos 1878, p. 261

⁹⁶ J.-P. Brisson, ... 1992, p. 40 ss., en concreto, cf. p. 47.

⁹⁷ Para su estudio, cf. el capítulo “Dionysos sauveur” del citado libro de J.-P. Brisson, ... 1992, p. 59 ss.

⁹⁸ Cf. J.-P. Brisson, “Rome et l’âge d’or: Dionysos ou Saturne?”, *Mélanges de l’École française de Rome* 100 (1988) 917-982, en esp. 947 ss.

y las mieles fugaces, / que el tronco refulgente / destiló de sus cóncavos vacíos.”⁹⁹ Horacio expresa en esa oda un respeto reverencial a la figura de Dioniso, relacionado con la edad de oro.

En el *Epodo* XVI (63-66) el poeta profetiza el retorno de esa edad mítica para los justos, insistiendo en el motivo del tiempo cíclico, que será caro a los romanos gracias al pensamiento griego de época helenística y reflejando la fuerza de las religiones mistericas en Roma: “*Iuppiter illa piae secrevit litora genti, / ut inquinavit aere tempus aureum; / aere, dehinc ferro duravit saecula, quorum / piis secunda uate me datur fuga*”¹⁰⁰. Solo los justos, los iniciados, recibirán esa segunda venida de la edad paradisiaca: en este y otros textos se ve que la religión de Dioniso tenía una presencia importante en Roma.

En la época de las guerras civiles, el tema de la edad de oro representará además la esperanza de una vuelta a la paz, y así lo explotará la propaganda augustea¹⁰¹. Seguramente el poeta que está más ligado a esta idea sea Virgilio, quien localiza el reinado de Saturno, y por tanto la edad de oro, en la Italia primitiva. En el canto VIII de la *Eneida*, el rey Evandro pronuncia un discurso sobre la antigua Italia: “Primero fue Saturno el que llegó desde el celeste Olimpo [...] / Y quiso que se llamara Lacio, / Ya que vivió seguro, oculto de la vista en sus riberas. [...] / Floreció en su reinado la edad de oro, así se la llamó. En tan plácida paz / Gobernaba a sus pueblos...”¹⁰². También en las *Geórgicas* hay un retablo utópico de los tiempos de Saturno en la Italia primitiva: los trabajos del agricultor no tenían sentido antes de Júpiter (I, 125 *ante Iouem nulli subigebant arua coloni*) gracias a la abundancia espontánea de la tierra (II 500) y la propiedad privada no existía¹⁰³, “esta vida procuraba el áureo Saturno en la tierra” (II, 536: *aureus hanc uitam in terris Saturnus agebat*).

⁹⁹ Odas II, XIX 9-12: *Fas peruicacis est mihi Thyadas / uinique fontem lactis et uberes / cantare riuos atque truncis / lapsa cauis iterare mella*. Citamos la traducción neoclásica del poeta Alberto Lista (1775-1848),

¹⁰⁰ “From which a happy escape is offered to the righteous, if my prophecy be heeded”, en la traducción inglesa de C.E. Bennett, Horace, *Odes and Epodes*, Cambridge (Mass.)-London, Harvard University Press, 1914 (reimpr. 1995), pág. 412

¹⁰¹ Cf. R. Evans, “Searching for Paradise: Landscape, Utopia, and Rome”, *Arethusa* 36.3 (2003), 285-307 sobre los paisajes de la edad de oro como utopía exaltada por la propaganda augústea.

¹⁰² Virgilio, *Eneida* VIII 319 ss. *Primus ab aetherio uenit Saturnus Olympo, / arma Iouis fugiens et regnis exsul adeptis. [...] dedit Latiumque uocari / maluit, his quoniam latuisset tutis in oris. / Aurea quae perhibent illo sub rege fuere / saecula. Sic placida populos in pace regebat*. Citamos la traducción de Javier de Echave-Sustaeta en Virgilio, *Eneida*. Introducción de Vicente Cristóbal, traducción y notas de Javier de Echave-Sustaeta, Gredos, Madrid, 1992, pág. 384

¹⁰³ I, 125, *ante Iouem nulli subigebant arua coloni; ne signare quidem aut partiri limite campum / fas erat: in medium quaerebant, ipsaque tellus / omnia liberius nullo poscente ferebat* y II, 500: *Quos rami*

Pero además de hacer arqueología de la edad de oro y localizarla geográficamente en la Italia antigua y bucólica, el poeta insiste en la idea del retorno de aquellos tiempos, simbolizado por el nuevo príncipe: “Éste és, éste el que vienes oyendo tantas veces que te está prometido, / Augusto César, de divino origen, que fundará de nuevo la edad de oro / en los campos del Lacio en que Saturno reinó un día”¹⁰⁴. La edad de oro recupera el prestigio político que tenía en tiempos de Pisístrato o de Platón como promesa de una edad futura. Sin embargo, aun en el plano político, también en el caso de la literatura latina, la figura de Dioniso está presente en ese retorno prometido, como si fuera el equivalente religioso de la figura de Augusto.

En tal sentido se puede interpretar la cuarta *Bucólica*, escrita por Virgilio en medio de la gran difusión de doctrinas mesiánicas del siglo I a.C., en un momento de gran turbación civil y religiosa, el que el ideal de la edad de oro cobra fuerza en ambos campos. El poema está escrito en tono pastoril, género vehicular de la edad de oro dionisiaca desde Teócrito, pero eleva extrañamente el tono (*paulo maiora canamus*) para hablar del retorno de la edad de oro (*iam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna, / iam noua progenies caelo demittitur alto*) en cumplimiento de las profecías, gracias al nacimiento de un misterioso niño que habrá de traerla otra vez a esta nuestra edad de hierro (*tu modo nascenti puero, quo ferrea primum / desinet ac toto surget gens aurea mundo*). El poeta, que comienza declarando solemnemente esta venida, prosigue con todos los tópicos de la edad de oro dionisiaca: la vegetación exuberante (IV 18-20), que incluye flores, vino y miel de aparición espontánea (28-30 *molli paulatim flauescet campus arista / incultisque rubens pendebit sentibus uua / et durae quercus sudabunt roscida mella*) en un mundo en que “todo lo procura la tierra” (*omnis feret omnia tellus*) sin que haga falta arar ni cultivar (40 ss.). A la disputada cuestión de quién sea ese niño se han propuesto diversas soluciones, desde el hijo del consul Polión, a quien está dedicado el poema, hasta la bien conocida interpretación cristológica¹⁰⁵. Sin embargo, parece claro, a la luz de lo que se ha visto hasta el momento, que se trata de Dioniso.

fructus, quos ipsa uolentia ura / Sponte tulere sua, carpsit, nec ferrea iura / Insanumque forum aut populi tabularia uidit. Virgile, *Oeuvres*, F. Plessis y P- Lejay (eds.), París, Hachette [1913], p. 99 y 163.

¹⁰⁴ Virgilio, *Eneida*, VI, 789-795 *Hic Caesar et omnis Iuli / progenies magnum caeli uentura sub axem. / Hic uir, hic est, tibi quem promitti saepius audis, / Augustus Caesar, Diui genus, aurea condet / saecula qui rursus Latium regnata per arua / Saturno...* Para la traducción, cf., de nuevo, J. de Echave-Sustaeta, ... 1992, pág. 328

¹⁰⁵ Lactancio interpretó la égloga en este sentido. Constantino lo retomó en la oración pascual tras el concilio de Nicea, y San Agustín admitió, como posible, la inspiración divina de la Sibila cumana, implicando la posible alusión a Cristo en esta égloga.

Interpretado según los fragmentos y textos órficos que se mencionaban anteriormente sobre la cosmogonía, la sucesión de los reyes del universo y la muerte de Dioniso Zagreo, el célebre *puer* virgiliano cobra un nuevo sentido¹⁰⁶. Siguiendo a Jean-Paul Brisson, podemos considerar la IV *Bucólica* “une sorte d’hymne au Dionysos orphique”¹⁰⁷. Dioniso es el dios que muere y nace de nuevo, cíclicamente, para traer a la humanidad esa nueva edad de oro: y este esquema se confirma no solamente en las fuentes literarias o en los testimonios acerca de los festivales religiosos. La iconografía de Dioniso como fuente de abundancia y salvación, de su muerte y, sobre todo, de su nacimiento subraya esa idea, que en época romana cobrará nuevo vigor¹⁰⁸. La imagen del niño Dioniso, que trae la edad de oro, es parte central del culto a este dios en época romana: el escritor Filóstrato, en sus *Imágenes*, retrata el nacimiento de Dioniso entre la tradicional abundancia áurea¹⁰⁹ y mosaicos como el de Nueva Pafos, representan ese momento de regreso de la *aurea aetas*.

En definitiva, la repercusión del mito de la edad de oro ha tenido una larga sombra desde la época de Hesíodo hasta llegar a Platón, los poetas latinos o las diversas representaciones artísticas, en donde hemos visto la presencia constante de Dioniso. La notable interpretación cristiana de la edad de oro, en San Agustín y Lactancio, ha conectado la tradición clásica con la bíblica. Para Lactancio, por ejemplo, el paraíso de Adán y Eva se encontraba antes que el “de Dioniso, el de Saturno, y el de Urano” (*Div. Inst.* II 13, 4)¹¹⁰. Vemos, de nuevo, que Dioniso aparece entre los míticos gobernantes de la edad de oro.

Se puede decir, así, que el mito de la edad de oro en el imaginario clásico es una utopía en el sentido más propio de la palabra y tiene en Dioniso a su divinidad central en la tierra, desde la época arcaica hasta la época romana. Hay dos tradiciones míticas diferenciadas: una temporal que sitúa esta edad de paz, igualdad, abundancia, justicia y vegetarianismo en un pasado remoto y legendario gobernado por el dios Crono, que

¹⁰⁶ *Ibid.* p. 961: “Le mythe orphique de la mort du jeune Dionysos donne sans doute la clé de l’allusion virgilienne”

¹⁰⁷ Cf. J.-P. Brisson, ...1988, p. 950 ss y en especial p. 960 y J.-P. Brisson, ... 1992, 75 ss.

¹⁰⁸ Véase, en general, nuestra tesis doctoral *Las Dionisiacas de Nono: aspectos literarios, mitológicos y religiosos*, Madrid, Universidad Complutense 2005 (de próxima publicación). Para la iconografía, cf. su tercera parte.

¹⁰⁹ Philostratus, *Images*, Loeb Classical Library, Cambridge (Mass.)-London, Harvard University Press, 1979, pp. 58-61: ἡ(gh) ἡ(ge) καὶ(umbakxeu)σει αὐτ(%)=καὶ(oi)ον αἰ(fusse)in ek phgwā dw)sei gal a te oi)en apo(mazwā ei kein to)meh ek bwl ou, to)de)lek petraj

¹¹⁰ *Ille enim non modo Liberum sed etiam Saturnum atque Uranum nullis antecessit aetatibus* ...Cf. L.J. Swift, “Lactantius and the Golden Age”, *American Journal of Philology* 89 : 354 (1968) 144 ss. Para Lactancio el politeísmo es una degeneración de la edad siguiente a la de oro, pues en la época de Saturno, que en interpretación evemerista era un rey justo, los hombres áureos creían en un solo dios.

cambia con la llegada de la siguiente edad, y con la institucion del sacrificio cruento por Prometeo. Hay otra tradición, de índole misteriosa, que converge con la primera y que representa la supervivencia de esa edad del pasado en una especie de paraíso aislado geográficamente o situado en el más allá, que tiene origen órfico y pone a Dioniso como figura central y divinidad que habrá de traer de vuelta ese mundo utópico a la humanidad. En tercer lugar, hay que mencionar que, gracias a las festividades de Dioniso, que celebran la utopía áurea, ese ideal maravilloso retorna una vez al año a nuestro mundo, en una subversión política, social y alimenticia.

La prestigiosa edad áurea puede regresar periódicamente gracias a Dioniso y, algún día, como profetizan los poetas, volverá para quedarse definitivamente. Con certeza, el nuevo ciclo que estaban profetizando era la edad de Dioniso. La edad de oro tiene, así, un doble señor: Crono, en la utopía del pasado, y Dioniso en la utopía cíclica. Es un mundo lleno de nostalgias, recordado siempre y añorado, que, además, está destinado a regresar. Dioniso, el dios que viene y va, es el representante de ese paraíso en la tierra y el mediador que trae la nueva edad de oro a los hombres, gracias al papel de salvador que se le atribuyó desde bien temprano, desde el orfismo primitivo hasta antigüedad tardía, en las postrimerías del paganismo.

En conclusión, la edad de oro en el imaginario clásico es claramente una utopía de índole dionisiaca, como se ha visto al hilo de estas páginas. Y la repercusión del mito aun se deja sentir hoy día, en las diversas utopías políticas y literarias del mundo occidental. La idea mítica de un pasado legendario y cíclico se mueve en un amplísimo marco temporal, desde que el mítico Néstor evocara en Homero a los héroes del pasado hasta que Luis Buñuel rodara *L'âge d'or*. Una utopía de prolongada vigencia a la que han vuelto los hombres continuamente en busca de un mundo mejor.